

### III DE ADVIENTO (Ciclo B)

La salvación que Jesús viene a traernos no es abstracta, sino que abraza al hombre en su humanidad concreta. El realismo de la encarnación que nos disponemos a celebrar en la próxima Navidad nos habla de un Dios que asume la condición humana y se somete en todo a la naturaleza mortal. Dios se une verdaderamente al hombre y por eso, toma sobre sí los problemas de los hombres. Dice Isaías que el que ha sido ungido viene para dar la buena noticia los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía los cautivos, y a los prisioneros, la libertad, para proclamar el año de gracia del Señor. Jesús se aplicará a sí mismo estas palabras del profeta y las utilizará como signo de que él es el mesías.

Desde la encarnación, la fe ha pasado por un encuentro con el del hombre. Así lo hizo Jesús y lo sigue haciendo la Iglesia. Hay que salir a buscar a todos para que puedan conocer la misericordia de Dios. Si nos fijamos, ese ha sido el camino de la Iglesia a lo largo de los siglos. Y no sólo en su actividad misionera, sino también en el ejercicio de la caridad. La Iglesia ha ido en busca del pobre, del ignorante, del cautivo, del enfermo, del excluido de la sociedad. En esa acción, en la que aportaba su humanidad que se compadece del hombre enfermo y caído, ha comunicado también la salvación de Dios. Por eso hoy, como sucedió con Juan bautista muchos se preguntan: “¿Quién eres?” Y la respuesta es la que dio el precursor: “yo soy la voz que grita en el desierto: allanad el camino del Señor”. Si los fariseos pudieron interrogar de esa manera al bautista preguntándole si era Elías u otro de los profetas, era porque en los signos de Juan se transparenta algo que estaba más allá de la experiencia común de los hombres. En sus palabras y en sus gestos había algo que interrogaba al hombre en la profundidad de su ser. La Iglesia no vence las resistencias del corazón realizando obras extraordinarias, sino poniendo al hombre ante la Luz. Así lo dice el evangelio de hoy: “Surgió un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan: este venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz”.

Aparece un hombre concreto cómo podríamos serlo cada uno de nosotros, como lo han sido a lo largo de la historia los miles de Santos que nos han precedido indicando el camino de Jesús. Juan es capaz de iluminar porque él, a su vez, ha sido iluminado. La evangelización tiene siempre una realidad trascendente que, en primer lugar, transfigura al misionero y, por él, a los que se le acercan. Si Juan intentara comprender a los que acudían a bautizarse sólo desde su experiencia humana, no habría tenido fuerza para moverlos. Es lo que nos sucede a nosotros cuando ante la persona con problemas buscamos sólo una salida humana. Podemos escucharla y compadecerla, pero para que cambie es necesario que se encuentre con Cristo. Juan da testimonio de la Luz sabiendo que él no es la Luz. Por eso no reduce a sus interlocutores a su medida, sino que los conduce ante de Cristo. Y en Jesús todos los hombres alcanzan una medida nueva. ¡Qué hermoso el trabajo del Precursor! Existía por Otro y para Otro, y por eso su testimonio no pasó desapercibido.

Igual que María, que siempre nos dice al oído: “Haced lo que Él os diga”.

En la Eucaristía, somos llevados ante Cristo, ante el que es la Luz. “Este es el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo”. Dichosos nosotros, invitados por el mismo Dios a sentarnos a su mesa, a estar a su lado, a dejarnos iluminar por el calor de su amor y de su presencia más cercana que se pueda tener en esta bendita tierra.